

CREAR UN ESPÍRITU DE FAMILIA

Poco a poco la familia crea un espíritu y cada familia crea su espíritu. Este espíritu se forma no sólo por las actitudes profundas, sino por los métodos pedagógicos que se aprenden y se descubren y por el estilo de vida. Un espíritu de familia es un espíritu de cohesión y de apertura. Marca todas las relaciones de familia. Nos comunicamos, nos perdonamos, nos educamos, y evolucionamos dentro de ese espíritu de familia.

Métodos para formar un espíritu de familia

1) LA COMUNICACIÓN:

¿Por qué cuando nos enfadamos lo primero que hacemos es callarnos?. Ponemos una barrera a la comunicación porque comunicarse es querer entrar en relación. Comunicarse es una de las maneras de amarse. No solo hay que comunicar las ideas, los trabajos, los proyectos, sino también nuestros sentimientos, las emociones, las penas, los miedos, las dudas... así se construye un espíritu de familia.

Todo proceso de comunicación nos exige un tiempo, tiempo para hablar y tiempo para pensar. Se debe crear un ambiente de acogida y de respeto. Si damos tiempo pero sin calidad de acogida, sabremos lo que “hacen” unos y otros, pero no sabremos lo que les conmueve, lo que viven, lo que va cambiando en ellos.

Para ello hay que crear ocasiones para una comunicación cotidiana.

Los gestos, la sonrisa, la mirada, etc, constituye otra forma de comunicación muy importante que a veces es decisiva para desbloquear situaciones y acercarse a los demás.

2) LA CREATIVIDAD:

La creatividad para salir de la rutina, para compartir tiempo, exige de nosotros esfuerzo y entusiasmo a partes iguales.

La creatividad se puede desarrollar compartiendo gustos y aficiones. La creación de ritos propios de cada familia, como puede ser el celebrar de una manera determinada fechas señaladas, comidas familiares. Todo ello consiste en “celebrar” el amor de familia. Los ritos lo hacen presente, lo recuerdan y le dan vida.

3) LA CO-RESPONSABILIDAD:

Propiciar la co-responsabilidad es crear un proyecto común de toda la familia, cuidar unos de otros. La co-responsabilidad se vive en la familia si los padres no son todo-poderosos, si la madre no lo resuelve todo ella sola, si los hijos no son calificados como “buenos” y “malos”, aquellos en los que se puede o no se puede tener confianza. La co-responsabilidad es aceptar que tenemos necesidad los unos de los otros y que nos complementamos.

Tenemos que asumir lo que hemos hecho o no sin desanimarnos.

El Perdón

Las fricciones son normales y son consecuencia de nuestra naturaleza humana. El perdón es quizás el mayor testimonio de que nuestra familia quiere seguir el Evangelio. ¿Cómo llegar al perdón? Primero debemos evitar el dramatizar demasiado las situaciones de conflicto. Con sentido del humor se pueden relativizar las cosas. No debemos dejarnos llevar por el rencor, difícilmente nos aceptaremos a nosotros mismos si guardamos rencores.

El perdón supone un diálogo. Cuando nos reconciliamos, todos experimentamos una alegría que aumenta el amor entre nosotros.

En el “ser perdonado” hay toda una actitud de desprendimiento; tenemos que poner nuestra respuesta en manos del Señor, tenemos que luchar por no culpabilizarnos, pues esa actitud destruye. Sin dejar de poner de nuestra parte toda la creatividad que nos da el amor, a veces debemos confiar las situaciones que parecen insuperables a la fuerza del Espíritu de Dios; pues Él, que puede hacer posible lo imposible, puede ayudarnos a perdonar.

La educación

Educar etimológicamente significa “conducir desde”. Educar es ayudar a ser, permitir ser. Debemos preocuparnos de que nuestros hijos sean ellos mismos, despertando en ellos sus mejores valores. Nuestra manera de ser tiene evidentemente una influencia sobre el crecimiento del hijo. No puede ser de otra forma. Educamos desde lo que somos. Debemos compaginar el derecho de los padres a educar a nuestro hijos en lo que consideramos mejor para ellos, con el derecho del hijo a ser él mismo.

Debemos educar para ser libre y verdadero. Es muy importante ser libre interiormente. No estar sometidos a caprichos, ni a pasiones, miedos, inseguridades, dudas...

Educar es ayudar a “salir de sí mismo”, a darse. Esta es la gran lucha de la vida: superar el egoísmo y vivir el amor.

Desde muy pronto nuestros hijos deberán sentirnos intransigentes en el amor. En vez de vernos “entrar en batallas inútiles” por cosas sin importancia, tendrán que vernos fuertes en lo que signifique aceptar al otro, colaborar, compartir, integrarse, no exigir, preocuparse por los demás.

¿Con qué actitudes educamos?

- 1) El respeto: Respetar al hijo significa aceptarlo tal y como es. Es respetar su propia naturaleza, dejarle ser niño, adolescente...
- 2) La proximidad y la distancia: estar cerca manteniendo la distancia. Estar lejos, manteniendo la proximidad.
- 3) La animación: Animar significa “dar vida”. Se da vida apelando a motivaciones interiores.
- 4) Educar en pareja: Nuestros hijos necesitan que juntos, padre y madre, dediquemos lo mejor de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas a su educación, y que eso lo hagamos con entusiasmo. Debemos ponernos de acuerdo en las ideas básicas, para no contradecirnos. Manteniendo la distancia como se comentaba anteriormente.

Los dos modelos de identificación el “materno” y el “paterno”, son ambos indispensables. Lo que el niño recibe sólo de uno de los dos queda incompleto.

Dinámica:

- ¿Cómo nos comunicamos? ¿Cuál es nuestra mirada, nuestra palabra, nuestro gesto más habitual?
- ¿Cómo vivimos los momentos de fracaso o de dificultad?. ¿Cómo nos animamos en esos momentos?
- ¿Cómo se resuelven en nuestra pareja los conflictos y dificultades? Intentemos recordar cómo se han vivido en la familia de origen.
- ¿Cómo nos perdonamos?
- ¿Cómo pedimos perdón a nuestros hijos por nuestras faltas para con ellos?

Oración:

Marcos 10, 46-52